

donde se arrojaron con precipitación hombres de toda edad y condición, y hasta las mugeres con los niños en los brazos. Así entró el santo Patriarca como en triunfo, acompañado de una multitud de grandes entre los que se contaban más de treinta Obispos.

Rehusó principiar sus funciones sin ser restablecido por un Concilio más numeroso que el que le había depuesto; mas el pueblo no pudo llevar con paciencia esta delicadeza; tantos eran sus deseos. Colocáronse á su rededor con cirios encendidos y cantando cánticos compuestos con súbito entusiasmo, y le llevaron á la Iglesia, obligándole á subir á su cátedra y principiar aquellas instrucciones divinas, cuya elocuencia pareció tener entonces para ellos encantos enteramente nuevos. Hablóles en efecto con más sublimidad que nunca, escediéndose en algún modo á sí mismo en una oración tan propia para elevar sus sentimientos; y este discurso escitó aplausos tan vivos y tan continuos, que el orador no pudo acabarle (1). Insistía no obstante en pedir un Concilio numeroso en donde pudiese justificarse, y á ruegos suyos escribió el Emperador á todas partes para congregarse los Obispos; mas se ocultaron y dispersaron prontamente. Huyeron en secreto de Constantinopla los del partido de Teófilo, y temiendo al pueblo, se retiraron cada uno á su Iglesia. Tembló también el osado Teófilo; y viéndose amenazado de ser arrojado al mar, se embarcó precipitadamente du-

(1) *Chrysost. Hom. post redit. tom. 8. pág. 262.*

rante la noche, á pesar de los rigores del invierno, para entrar pronto en Egipto. Ya se había reconciliado sin embargo con Eusebio y Eutimio, los dos únicos grandes hermanos que vivían; porque Ammonio y el Obispo Dioscoro habían fallecido algún tiempo antes con la reputación de Santos que hacían milagros. El celo de Teófilo contra los escritos de Orígenes se disipó con su intriga; y cuando se le mostró la sorpresa que causaba esto, dijo: „estos libros son una pradera en donde cojo las flores sin detenerme en las espinas.” Permaneció tranquilo por entonces San Crisóstomo y fue más querido del pueblo, teniendo más autoridad que antes de su desgracia.

67. Cuentan de Teófilo, que llegando á Egipto aportó por casualidad á la pequeña ciudad de Geres, cuyo Obispo había muerto, y los habitantes habían puesto los ojos en el solitario Nilamon, para colocarle en aquella Silla. Residia fuera de la ciudad en una celdilla cuyas puertas había tapiado para vivir más solitario. Habiéndose negado, pues, á admitir el Episcopado, fue muchas veces Teófilo á obligarle á que le aceptase; y respondió por fin: *mañana, Padre mio, hareis lo que os agrada: permitidme arreglar hoy mis negocios.* Regresó Teófilo á la mañana siguiente y le mandó abrir recordándole su promesa. *Hagamos antes oración,* dijo el solitario: *hagamos oración,* dijo también Teófilo, que al instante se puso á orar. Transcurrido mucho tiempo de este modo y cansado por último Teófilo y los que estaban con él de tanto esperar fuera de la celdilla, lla-

maron en voz alta á Nilamon y nada les contestó. En vista de esto demolieron la pared que cerraba su puerta y se le encontró muerto (1). Enterráronle con mucha pompa, construyéndose una Iglesia sobre su túmulo, y todos los años se iba allí á celebrar su memoria con gran solemnidad, y la Iglesia hace su fiesta á 6 de Enero.

68. El modo glorioso con que San Juan Crisóstomo habia sido restablecido, parecia anunciarle una paz inalterable; pero apenas transcurrieron dos meses, cuando levantaron una estatua en honor de la Emperatriz en la plaza pública entre el palacio y la Iglesia de Santa Sofia. Celebraron para la inauguracion grandes regocijos con las ceremonias acostumbradas, mezcladas con alguna supersticion que no se logró destruir hasta el reinado siguiente. Aumentó las prácticas ordinarias el Prefecto de la ciudad, que era Maniqueo y medio Pagano, dió danzas y farsas de una licencia escandalosa, cuyo tumulto y gritos interrumpieron indignamente los oficios divinos. No pudo sufrir Crisóstomo, que veía este desorden con sus propios ojos, la injuria hecha á la Iglesia, y predicó con enérgico valor contra esta especie de idolatría. Aseguran que su discurso principiaba con estas palabras: *Herodias furiosa aun pide la cabeza de Juan*. Mas otros autores dudan de esta circunstancia; y aun toda la invectiva contra las mugeres, que comienza con las mismas palabras es, à juicio de los

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 10.*

mejores críticos, apócrifa, aunque tenga el nombre del santo Doctor.

69. Tuvo un nuevo principio contra él la conspiracion con el mismo furor que antes, invitando á Teófilo para que regresase; pero se acordaba todavía del modo con que se le habia obligado á salvarse. Así es que envió tres Obispos que reunieron á los actores de la primera escena. No se habló de las acusaciones de que el Santo ofreció con intrepidez justificarse: por consiguiente careciendo de fundamento la queja, procuraron obscurecerla y confundirla con las formalidades.

Sus enemigos le opusieron algunos cánones sin autenticidad, que parecian quitar toda esperanza de restablecimiento á un Obispo vuelto al ministerio, despues de haber sido depuesto por un Concilio. Contestó por el Patriarca una multitud de piadosos y sabios Prelados, que jamás habia sido depuesto jurídicamente, sino espulsado con violencia; y que lejos de ingerirse por sí mismo en el ministerio, todas las potestades le habian violentado á egercer de nuevo las funciones. Que por otra parte los cánones alegados eran obra de un Concilio herético de Antioquia, llamado de la Dedicacion; y que por consecuencia no tenian autoridad alguna. Obtuvo una audiencia secreta del Emperador la faccion, sin replicar á esta justificacion sólida, y dijo á este Príncipe tan débil como de talento limitado, que Juan se daba por persuadido, y que era necesario desterrarle antes de la fiesta de Pascua próxima ya á celebrarse.

Enviaron personas desde palacio que le echasen de la Iglesia con orden de que permaneciese en la casa episcopal. Pretendian sondear en algun modo la Omnipotencia divina por una mezcla de fe y de impiedad enteramente estraña á nuestras costumbres, para que si se declaraba segunda vez á favor del Santo perseguido, se le pudiese restablecer inmediatamente, y detener de este modo los azotes del cielo, luego que estos cayesen sobre el pueblo. Llegó entretanto la víspera de Pascua, y mas de cuarenta Obispos se presentaron en medio del lugar santo al Emperador y á la Emperatriz, suplicándoles con lágrimas que perdonasen á la Iglesia el dolor de verse privada de su Pastor en una fiesta tan grande. Mas no fueron oidos: los Sacerdotes que se mantenian fieles al Obispo congregaron á los catecúmenos en el baño público, adonde los siguió la multitud del pueblo (1).

Los tres Obispos mas furiosos contra el Patriarca, Antíoco, Acacio y Severo aconsejaban que se impidiese celebrar esta junta; pero el maestro de ceremonias les dijo: es la media noche, la multitud es innumerable y podrá sobrevenir algun desorden. Acacio añadió desmintiéndose á sí mismo: las Iglesias están desiertas, el Emperador á su llegada no encontrando á nadie, notará el amor del pueblo á Juan, y nos mirará como impostores, cuando le hemos afirmado que nadie podia tolerar á este hombre insociable. Todo lo que con esto consiguió, fue que un oficial llamado Lucio, gefe de una compañía de soldados, fuese

(1) *Socrat. lib. 6. hist. cap. 18.*

á invitar amorosamente á los ciudadanos para que vienesen á la Iglesia. Era Lucio Pagano, ó de costumbres enteramente paganas, sin providad y sin fe: únicamente era sensible al atractivo del oro y del interés. Moviéronle Acacio y los demás corruptores á dispersar la multitud, si no podia atraerla; y el malvado tomó sin detenerse el partido de la violencia. Cuatrocientos Tracios nuevamente alistados acompañaban á este oficial: estos hombres naturalmente feroces acometieron repentinamente á los catecúmenos abriéndose paso con la espada en la mano. Lucio se internó hasta el baptisterio para impedir que se administrase el bautismo, é impelió tan brutalmente á los Diáconos, que se vertió el santo crisma (1). Descargó grandes golpes con el baston en las cabezas de los Sacerdotes, sin respeto á los mas ancianos, de modo que la pila estaba teñida en sangre. Huyeron en tropel con los hombres las mugeres preparadas para el bautismo, sin tener tiempo para vestirse, olvidando con el temor de mayor oprobio ó de la muerte los cuidados de la modestia, y aun muchas fueron heridas. Sus gritos penetrantes, confundidos con los de los niños, llevaron el temor y la consternacion á una gran distancia. Vieron huir por las calles á los Sacerdotes y á los Diáconos con hábitos eclesiásticos, abandonando el altar y los vasos sagrados al saqueo: se vieron las armas y vestidos de los soldados teñidos con la sangre del cordero sin mancilla. A la mañana siguiente, habiendo salido el Emperador de la

(1) *Chrysost. Epist. ad Innoc. Sozom. lib. 3. hist. cap. 21.*

ciudad, observó en el campo una multitud de personas vestidas de blanco, y preguntó la causa muy admirado. Sus guardias, que eran hereges, le contestaron, hablando de aquellas ovejas fieles, que preferian congregarse en campo raso á unirse con los enemigos de su Pastor. Habia allí cerca de tres mil de estos nuevos bautizados que llevaban todavía el vestido blanco, segun la costumbre de aquel tiempo.

Abusando de la credulidad del Príncipe estos enemigos crueles, destacaron contra aquella numerosa multitud los mas impíos de sus guardias. Podian á la verdad defenderse, y oprimir á este puñado de furiosos; pero eran demasiado fieles á las lecciones de San Crisóstomo, para alejarse así del espíritu del Evangelio. Aprisionaron á algunos clérigos con muchos legos fervorosos de uno y otro sexo: despojaron brutalmente á muchas mugeres de distincion de sus velos, de sus pendientes, y á algunas de sus mismas orejas, con tanta violencia y osadía, que una de las mas distinguidas por su clase y hermosura, se vió obligada á huir con precipitacion y vestirse de esclava para salvar su honor. Hubo magistrados que se dejaron aprisionar por su amor al santo Obispo, y cuanto mas se esforzaron contra él sus adversarios, tanto mas numerosas eran las reuniones de los verdaderos fieles. No las celebraban, es cierto, en las Iglesias, en las que no se percibia sino el ruido de los azotes y de las cadenas, reunido á las amenazas, imprecaciones y blasfemias. Los lugares remotos, las grutas, y hasta las prisiones resonaban con el canto de los

himnos; ofreciéndose allí los misterios sagrados con un fervor tanto mas vivo, cuantos mas obstáculos necesitaba superar.

70. Duró esta opresion desde Pascua hasta cerca de Pentecostes, y en todo este intervalo se atentó muchas veces á la vida del Santo. Sorprendióse al principio á un hombre con el puñal en la mano para asesinarle, el que intentó ocultar su delito suponiéndose energúmeno. Mas el pueblo rehusó creerle, y juzgó que estaba poseido del demonio de la avaricia. Condujéronle pues al tribunal del Prefecto, en donde se le acusó de haber recibido dinero para ejecutar este atentado (1).

Envió el santo Patriarca sin perder tiempo Obispos que estorbasen que se le hiciese daño (2). Algun tiempo despues, habiendo un criado del Sacerdote Eladio, enemigo declarado del Patriarca, recibido cincuenta sueldos de oro para matarle, corrió armado de tres puñales hácia la casa episcopal. Pretendió detenerle un hombre que le conoció; mas al punto le pasó con el puñal. Dió otro un grito de horror á vista de este crimen, y tambien le traspasó con el acero homicida; y despues de este hasta otros siete, cuatro de los cuales murieron en el acto. Por último, preso el furioso por el pueblo, mandó el Prefecto soltarle, prometiendo hacer justicia; pero le dejó sin castigo. Los ciudadanos hicieron desde entonces la guardia dia y noche delante de la casa Patriarcal.

71. Movidó el pusilánime Emperador por los ma-

(1) *Pallad. Dial. pág. 197.* (2) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 22.*

los Obispos, mandó decir al Santo contra su carácter y contra su propia conciencia, que partiese de Constantinopla. El Santo respondió: „toda la tierra es del Señor, en todas partes le encontraré, y no temo el destierro.” Aunque insensible á los males, la desolacion de su pueblo hacia una impresion viva en la estremada ternura de su corazon. Compadeciase sobre todo de las personas débiles y sin apoyo, como las vírgenes y las viudas consagradas al servicio divino. Habia otras muchas personas igualmente apreciables por la bondad de sus sentimientos, y por el religioso sacrificio que habian hecho de su juventud, de su fortuna, y de todos los placeres y esperanzas del siglo, con la diaconisa Olimpiades, viuda del Prefecto ó Gobernador de la ciudad imperial. En medio de tantos motivos de ternura hizo el Pastor santo los mayores esfuerzos para ocultar su propia sensibilidad y consolar á su rebaño. Estaba la ciudad tan agitada, que se podia temer un tumulto entre los ciudadanos y los soldados, si veían al Santo en poder de estos. Por esto mandó tener pronto su caballo delante del átrio grande de la Iglesia hácia el occidente, y mientras la multitud le aguardaba allí, salió ocultamente por el lado de oriente, y se hizo á la vela en el momento para trasladarse á Bitinia. Hábiale exhortado su madre que aun vivia, á sacrificar los intereses personales á los deberes de Obispo (1).

72 y 73. En su lugar entró el Sacerdote Arsacio, hermano de Nectario. Era muy anciano y de un ca-

(1). *Chrysost. Epist.* 137.

rácter cándido; pero sus partidarios abusaron de su poder, ó mas bien de su debilidad, para cometer mil violencias, y aun hubo en esta ocasion dos Mártires, el Sacerdote Tigrio y el Diácono Eusebio, que sufrieron todo género de tormentos antes que renunciar á los intereses de su Pastor legítimo; accion que les mereció el culto público de la Iglesia. Continuaron celebrando sus juntas con separacion los fieles mas dignos á pesar de las persecuciones.

74. Fue desterrado el santo Patriarca á Cúcusa, pequeña ciudad de la Armenia sobre los confines de la Sicilia; es decir, en una provincia agitada siempre con las correrías de los Isauros, bárbaros de una ferocidad espantosa. Salian estos en el momento que menos se esperaba de los estrechos del monte Tauro, en donde estaban acantonados, y llevaban por todo el pais llano la ruina y la muerte; mas por ingrato que fuese el término ó lugar del destierro, aun fue el viage mucho mas molesto. Padebió una fiebre violenta en este camino penoso el Santo, que al partir se hallaba con bastante salud. Sin embargo, sus guardas usaban con él la crueldad de obligarle á caminar dia y noche por unos lugares faltos de todo y con calores escesivos: barbarie de que en algun modo le aliviaba el respeto de las provincias. Su fama iba delante de él, y por donde quiera que pasaba corria el pueblo á verle, se postraba en su presencia, y derramando lágrimas celebraba sus alabanzas y maldecía á sus enemigos.

75. El pueblo, los monges, las religiosas, todos

corrieron á servirle y consolarle en Cesaréa de Capadocia, adonde llegó en lo mas ardiente de su fiebre. El Obispo Faretrio que habia firmado su condenacion, y que al principio quiso disimular, concibió por último tanta envidia al ver el aprecio que le profesaban, que no pudo tenerla á raya. Así es que le trató del modo mas inhumano, sin cesar hasta que le obligó á partir con peligro inminente de caer en manos de una multitud de Isauros que desolaban el territorio de Cesaréa, y acababan de quemar un lugar muy grande (1). Subió el Santo á su litera al medio dia en un acceso de fiebre en presencia del pueblo reunido, que gemia y murmuraba altamente contra su implacable Obispo. Tenia Seleucia, viuda del famoso Rufino, una casa á cinco millas de Cesaréa, y la mandó ofrecer á Crisóstomo precisado á detenerse allí; mas Faretrio no pudo tolerar su estancia en aquel lugar. Obligáronle á partir en una noche obscura y tempestuosa, encendiendo al principio teas, hasta que por miedo de los bárbaros poco distantes se vieron en la precision de apagarlas. Era tortuoso el camino y de una pendiente resbaladiza, y cayó uno de los mulos bajo de la litera y la bolicó, por lo que el enfermo se vió forzado á caminar como pudo, asiéndose del brazo de alguno de la compañía, á causa de la fiebre y de los peligros que á cada momento le salian al encuentro.

76. Llegó finalmente á Cúcusa despues de dos meses de camino, la mitad de los cuales pasó grave-

(1) *Chrysost. Epist. 13. ad Olymp.*

mente enfermo. Sin embargo, á su llegada se sintió bastante restablecido. Hizosele una acogida que no habia experimentado mucho tiempo hacia aquel lugar bárbaro y silvestre; porque el pueblo, las personas de distincion y el Obispo, todos corrieron á hacerle las demostraciones mas vivas de veneracion y de un amor sincero. Viéronle ó enviaron á visitarle para ocurrir á sus necesidades muchos Grandes y señoras de la primera calidad de todas las partes del Imperio. De modo que este desierto se le hizo agradable, y escribió á Santa Olimpiades suspendiese los cuidados que se tomaba para mudar este lugar de destierro (1). Residió allí un año, durante el cual se ocupó, como filósofo Cristiano, en escribir tanto para su consuelo como para sus ovejas. Compuso aquí su tratado contra el escándalo ocasionado por esta persecucion, como tambien el discurso en que prueba de un modo admirable, que nuestra felicidad ó nuestra desgracia, despues de Dios, no pende sino de nosotros mismos. Todas las cartas que nos quedan de este Padre, son tambien frutos de este destierro. Las que dirige á Olimpiades, que son diez y siete, muestran á la clara que los corazones de los Santos, sin embargo de ser enteramente de Dios, no son menos sensibles á la pura llama de la amistad. Nada se encuentra en las amistades mundanas, no solo tan cierto y tan constante, pero ni tan afectuoso.

No pudo estar ocioso en aquellos lugares silvestres el celo de este hombre verdaderamente apostólico.

(1) *Chrysost. Epist. 12. alias 31.*



Como residia en la frontera de los Persas, se ocupó útilmente en los progresos del Evangelio en aquellas tierras y entre aquellos infieles. „Tributad los servicios posibles al Obispo Marutas, escribia á Olímpíades, porque necesito mucho de él para los negocios de la Religion en Persia (1). Descaria infinito verle á su tránsito, para saber el pormenor de los frutos de salud que ha obrado. Mas sabed á lo menos si recibió mis dos cartas: le escribiré de nuevo, si se digna contestarme: si no lo juzga á propósito, procurad saber de él y decidme el estado de la Iglesia en esas regiones. Espresadme tambien si espera evangelizar segunda vez aquí.” Este Obispo Marutas era de un gran mérito, de piedad sublime, y la Iglesia le honra en el número de los santos Mártires. Habia asistido al Concilio de la Encina, preocupado como otros muchos Obispos contra San Juan Crisóstomo, que puso en olvido estas preocupaciones y la indiferencia que era consecuente. Olvidaba todo interés personal el Obispo de Constantinopla cuando se trataba de los intereses de la Iglesia.

77. Marutas habia sido enviado Embajador al Rey de Persia Isdegerdes, y por la sublimidad de sus talentos y sus virtudes se habia hecho respetable á este Príncipe infiel en tanto grado, que los Magos temieron que convirtiese á su Rey, á quien habia curado de un mal en que nada habian conseguido los remedios y los secretos de su magia. Resolvieron pues su pérdida, y para conseguir sus fines se valieron de es-

(1) *Chrysost. Epist. 13. ad Olymp.*

te artificio: en el templo en donde se conservaba el fuego perpetuo que adoraban los Persas, ocultaron un hombre debajo de tierra, y cuando el Rey fue á orar, se oyó una voz subterránea que decia ser necesario echar á Isdegerdes como un profano que protegía al Sacerdote de los Cristianos (1). Al punto quiso el Príncipe despedir á Marutas á pesar de la estimacion que hacia de él; pero conociendo el Obispo la perfidia, dijo al Rey que hiciese cavar en el lugar de donde salia la voz y se convenceria de la impostura. Siguió Isdegerdes este consejo, y descubrió en efecto al impostor; entonces fue tan terrible su indignacion, que mandó diezmar á todos los Magos, y permitió edificar Iglesias á Marutas en donde quisiese; de modo que por una aventura que debia aniquilar el cristianismo en Persia, llegó á verse muy floreciente. Así cuando los Magos quisieron intentar nuevas perfidias, no sirvieron sino para hacer que se honrase mas y mas el Evangelio; y por poco no alumbró con su luz al Rey; con motivo de otro milagro que obró Dios en la cura del Príncipe, su hijo, que se consiguió por las oraciones de Marutas y de otro Obispo llamado Ablacat ó Abda.

78. Ocupaban igualmente á San Juan Crisóstomo los asuntos de la Religion entre los Godos, á quienes habia dado un Obispo escelente en la persona de Oulinas, que murió despues de haber hecho mucho bien entre ellos. Escribió inmediatamente el Rey de los Godos al Santo para que le propusiese un nuevo

(1) *Socrat. lib. 7. hist. cap. 8.*